



XXI CONCURSO DE CUENTOS “CIUDAD DE MARBELLA”





XXI CONCURSO DE CUENTOS
“CIUDAD DE MARBELLA”

INDICE

INTRODUCCIÓN7

ACTA DEL JURADO11

PRIMER PREMIO, Categoría Adulto

“LOBOS”

Autor: Juan Manuel Sainz Peña15

CURRICULUM LITERARIO27

PREMIO Categoría Infantil

“LA GALLINA SIMONA”

Autora: Marta Guijarro Ruiz31

CURRICULUM LITERARIO43

ACCESIT

“11 CALLES: EL OLVIDO HABITA DONDE”

Autora: Concha Montes García47

CURRICULUM LITERARIO57

INTRODUCCIÓN

El Concurso de Cuentos “Ciudad de Marbella” es un certamen literario que persigue además de la promoción de la literatura y los autores que la generan, fomentar una imagen de Marbella ligada a la cultura, bien alejada de la frivolidad que frecuentemente se ha querido divulgar como aspecto monopolístico de la ciudad. Con esta idea la denominación recayó en la propia ciudad de Marbella. Aunque en la denominación del concurso no se incluye la palabra internacional, la realidad confiere esa actualidad al certamen porque los originales llegan desde muy variados países y diferentes continentes. Se comprueba con los cuentos enviados desde los países americanos de habla española la enorme variedad expresiva, la riqueza de vocabulario y la sintaxis que posee el pueblo español.

Actualmente es el único certamen literario con proyección nacional e internacional que permanece. Mucho tiempo hace que desaparecieron otras convocatorias que habían alcanzado prestigio como el “Premio de Novela Ciudad de Marbella” y el “Premio de Poesía Rey Juan Carlos”.

En estos últimos años, son varios cientos los originales que llegan, lo que supone un prolongado período de lectura y sucesivas selecciones hasta que quedan los finalistas entre los que debe alcanzarse el consenso sobre los ganadores.

La verdadera preocupación del Jurado debe ser elegir realmente los mejores, si bien generalmente resulta difícil porque se presentan trabajos de gran calidad. Evidentemente, también hay otros muchos que no alcanzan el mínimo esperado pero que, en cualquier caso, son intentos dignos de una faceta que siempre enriquece al ser humano como es la creación literaria.

ACTA DEL JURADO



ACTA DEL JURADO

XXI CONCURSO CUENTOS “CIUDAD DE MARBELLA”

En Marbella, a 13 de noviembre de 2021, siendo las 11:00 horas, se reúne en la Sede de la Fundación el Jurado designado para seleccionar los cuentos premiados en el concurso convocado por la Fundación el pasado mes de febrero, e integrado por los siguientes Sres.:

Presidente:

- D. José Manuel Bermudo Bonilla, Patrono de la Fundación

Vocales:

- D. José Luis Agra López, lector y autor
- D. Francisco Moyano Puertas, Vicepresidente 1º de la Fundación

Examinados los 22 cuentos finalistas y después de la correspondiente deliberación, acuerdan por unanimidad:

1º.- Seleccionar como cuento premiado en la categoría adultos el que lleva por título “**LOBOS**”, cuyo autor es Juan Manuel Sainz Peña.

2º.- Seleccionar como cuento premiado en la categoría infantil el que lleva por título “**LA GALLINA SIMONA**”, cuya autora es Marta Guijarro Ruiz..

3º.- Seleccionar con un Accésit al relato que lleva por título “**11 CALLES: EL OLVIDO HABITA DONDE**”, cuya autora es Concha Montes García.

Y no siendo otro el objeto de la reunión, se levanta ésta a las 12.00 horas.

“LOBOS”

Autor: Juan Manuel Sainz Peña

BASTIÁN UREÑA

A Bastián Ureña, el herrero, nunca le falla su capacidad para pronosticar desdichas y tragedias.

Jamás.

Al hombre no lo despierta ningún sonido, ni la claridad del día que empieza a despuntar. Tampoco el silencio de sepultura que envuelve la villa, sino su instinto. Despacio, aún con el sopor del sueño convertido en un incómodo lastre, se lava la cara con el agua de la jofaina, se viste y se asoma a la ventana.

Es una mañana gris como la galena, con las nubes acomodadas en la falda de la sierra de Neila y los pinares cuajados de nieve. Alguna vaca debe pacer no muy lejos, pero el hombre no la ve, aunque entre tanto silencio escucha el eco de un cencerro con su redoble.

Al abrir la ventana el aire gélido le anuncia el comienzo del invierno, aunque al hombre le trae mal agüero. Parece que alguien está condenado a muerte, aunque el herrador aún no sabe quién ha firmado la sentencia.

LOBOS

EN EL CUARTELILLO

El sargento Ceferino Hervás mira el calendario mientras enciende un cigarro. Luego de echar una bocanada de humo azulado que corona, fugaz, su cabeza, comprueba que es día 22, y que el reloj marca las siete y media de la mañana. El guardia civil sabe muy bien lo que eso significa: Joselito Roncero, el tarado del pueblo, aparecerá ese día o el siguiente, a lo más tardar, por el cuartelillo, machete en mano, el pecho agitado, la frente cubierta con esa pátina oleosa de sudor y mugre, pidiendo que lo espóse porque ha matado a cuchilladas a más de la mitad de los palencianos. Con esa cantinela lleva más de año y medio el muchacho, que ha cumplido los veintisiete no hace mucho.

Desde donde está, el sargento contempla el camino cubierto de barro por el que verá aparecer, como siempre, el cuerpo menudo de Joselito caminando despacio. Ve también los pinares, la sierra burgalesa y la nieve que tapiza de forma apabullante el paisaje del pueblo.

Un ladrido se escucha distante y también una voz remota, entre la fosca. El sargento mira la hora y niega con la cabeza mientras da otra calada al cigarro. Su jaca relincha fuera.

«No hay remedio», murmura dándole vueltas al pitillo entre los dedos índice y pulgar, que tiene helados, mientras se prepara para las fantasías del joven. Y para colmo, piensa, seguro que el marqués de Arlanza aparece por aquí, con la inquina que le tiene al chico.

Joselito alcanza el cuartelillo, pregunta si se puede pasar, y atraviesa el dintel dando los buenos días.

—Esta vez, sí, —dice—. No vea la carnicería. Venga, espóseme, sargento. Espóseme que me he llevado a un montón de vecinos por delante.

Si no me detiene, hasta Burgos alcanzo llevándome gente por delante.

El sargento Hervás, paciente, afirma con la cabeza despacio, deseando que el nuevo cabo, Ramón Quintes, aparezca cuanto antes por allí para no lidiar como otras veces, él solo, con aquel desgraciado

—¿Y tu madre, dónde está, Joselito?

—Mi madre anda en casa —dice—, junto a la chimenea. Mejor así; no me hace caso nunca. Pero no guarde cuidado, sargento: ya le he dicho muchas veces que si un día no regreso es que estoy en el calabozo, me han molido a palos o me ha disparado el marqués, que tiene fama apretar el gatillo primero y preguntar después.

Ahora le voy a contar a usted cómo ha sido. Por mis muertos, sargento, porque no queda vivo ni medio pueblo.

BASTIÁN UREÑA

Bastián Ureña sale de la casa donde vive. El sendero que va desde allí hasta el centro de la villa está desierto y nevado. Cuesta andar por allí, a pesar de la costumbre. Hay un par de gallinas asustadas y tan quietas que no parecen reales. El herrero las observa, curioso, y sigue caminando. Entonces lo ve. Está parado al final de la trocha, mirando, desafiante. Bastián Ureña siente que un escalofrío le recorre la espalda, desde la nuca, y le manda un latigazo formidable.

Que lo maten, piensa el herrador, si lo que cubre el cuerpo de quien está al otro lado del camino no es sangre.

EN EL CUARTELILLO

—Hombre, Joselito, ¿con cuántos acabaste esta vez? —El sargento Hervás asiste con desagrado a la llegada de Manuel Cifuentes, marqués de

Arlanza. En la pregunta de bienvenida del ricacho más que retranca o burla, hay un tono de cansancio, de hastío.

—Acaba de terminar de contarme —dice Hervás mientras enciende otro cigarro. Lo de siempre: una carnicería. Que no está manchado de sangre porque se ha cambiado y que los cuerpos están en sus casas, degollados. Le ahorro el resto de detalles, ya los conoce usted.

Llega el cabo Quintes y Hervás lo saluda sin apenas levantar la vista de sus papeles:

—Ponle tú las esposas, déjalo un ratito en el calabozo y luego, ya sabes... le gusta que le quitemos los grilletes y huir al monte, corriendo entre los pinos como si se lo llevaran los demonios —concluye el sargento echándose hacia atrás en la silla de madera.

El cabo Ramón Quintes se encoge de hombros y se acerca a Joselito para colocarle las esposas. Luego lo ayuda a levantarse. Después mira al sargento y al marqués, quien observa con una sonrisa maliciosa.

—¿Es necesario engrilletarlo? —pregunta el cabo.

—Ya sabes cómo se puso la última vez que nos negamos. Y por cinco minutos que se va a pasar ahí dentro no quiero que me monte el cirio.

—¿Tú qué dices? —pregunta el marqués—: ¿Te encierran estos señores o no, Joselito? Mira que en el calabozo hace mucho más frío que afuera —le advierte.

El muchacho asiente y contesta:

—Esta vez no tienen motivos para dejarme libre, se lo aseguro a ustedes por todos mis muertos —dice. Y aquellas palabras silban en el cuartelillo como un vendaval.

BASTIÁN UREÑA

Bastián Ureña solo ha desviado la mirada un instante, lo justo para ver por dónde escapar en caso de necesidad. Cuando vuelve a mirar al final del callizo ya ha desaparecido. El herrero respira hondo y reemprende la marcha despacio, ojo avizor, hasta que escucha el débil lamento de una mujer: es su hermana. Lo sabe desde el mismo momento que le llega el sollozo. Sin poner cuidado donde pisa, mete sus botas en el fango y en los charcos que se forman a la entrada de la casa. Allí encuentra el primer cadáver. Luego Bastián Ureña pasa por encima del cuerpo y entra: ve dos cadáveres más y a su hermana, que alza una mano, tendida en el suelo, pidiendo una ayuda que la salve de la agonía que le queuma las entrañas.

EN EL CUARTELILLO

El cabo termina de echar el cerrojo y observa por unos instantes al muchacho con una mezcla de conmiseración y malhumor. No termina de acostumbrarse, a pesar de que lleva viendo esa imagen del desheredado haciendo el paripé más de un año. Tampoco le gusta ver allí al marqués de Arlanza, quien pasa un buen rato charlando de esto o de lo otro antes de echarse al monte a pegar unos tiros, malmetiendo y quejándose de los otros terratenientes de La Demanda.

—¿No te cansas, Joselito? Mira que por ahora nadie te hace caso. Pero créeme: hay quienes entienden cómo eres y quienes no, y cualquier día de estos —le advierte el cabo mirando al marqués de soslayo— como a alguien se le caliente la mollera y se harte de esa idea que tienes, te van a dar una tunda que no te dejará ni un hueso en su sitio. Yo te lo digo para que lo sepas.

El “detenido” se levanta despacio. Después da unos pasos, se aferra a los barrotes y contesta a un palmo del militar:

—No me suelte esta vez como ha dicho el sargento —implora

Joselito—. No me suelte porque ganaré el bosque pero regresaré a terminar con todos los demás.

Y el cabo siente, aunque desconoce el motivo, que la saliva se le espesa en la garganta y que el miedo le ha entrado en el cuerpo como el frío se cuele en las casas abandonadas.

BASTIÁN UREÑA

—¡María, María! ¡María, dime algo! —Pero la mujer apenas puede respirar. Está herida de gravedad y tiembla sin control. Su hermano no sabe qué hacer ni a quién pedir ayuda: el médico vive a más de una hora andando. Al poco, la mujer deja de rehilarse, de moverse. Bastián Ureña, con los ojos llorosos e incapaz de hablar, sale al camino. Allí avanza unos metros y encuentra tres cuerpos más sin vida. La imagen es tan terrible que siente que le fallan las fuerzas.

—Soco... socorro. Socorro. Mi hermana... Mi hermana —dice, pero la voz le sale raquítica, y las palabras no van a parar más allá de sus botas manchadas de barro, de nieve y de sangre. Entonces, en lugar de dar aviso a los vecinos del pueblo, se da la vuelta y corre camino del cuartel de la guardia civil por el camino más corto.

EN EL CUARTELILLO

—Parece mentira, cabo —habla el sargento Hervás— que después de todos estos meses aún te dejes impresionar por Joselito. Mira, a mí me pasaba las primeras veces. Siempre me quedaba un resquemor, la duda de saber si en un ataque de locura se le habría ocurrido por fin cumplir eso que viene a contarnos aquí cada vez que es 22 o 23 de cada mes. Pero, ¿no te das cuenta? —le pregunta al cabo echando un vistazo a la celda húmeda y sucia—. Es un pobre diablo. ¿Qué lo que se le ocurre es terrible? Claro que lo es, pero no hay más que verle para saber que no mataría ni a una

mosca. La primera y la segunda vez que vino aquí con la petera esa se llevó una manta de palos, pero como no sirvió de nada, lo dejé estar. Síguele la corriente. Quién sabe, cualquier día se le pasa y ya no nos viene con ese disparate.

—O cualquier día —interviene el marqués— le van a dar su merecido por mentiroso y por gañán.

BASTIÁN UREÑA

El herrero no puede quitarse de la cabeza la escena, los cuerpos esparcidos por la calle, la sangre por todas partes y la herida que destroza las entrañas de su hermana María. Tal vez ha escuchado a su espalda los goznes de alguna puerta que se abre, pero va como loco cuesta abajo a pedir ayuda. No atiende a nada ni se detiene en su carrera. Se dirige al cuartelillo, que está apartado de las casa del pueblo.

De repente, una nube negra como un luto emboza la primera claridad del día y se diría que la mañana ha vuelto sobre sus pasos, albergando en su vientre una luz errática y gris.

—¡Socorro...! ¡Están muertas! ¡Y mi hermana...! ¡Socorro, por Dios Santo! ¡La guardia civil! ¡A mí...! ¡Auxilio! ¡Un médico! ¡Un médico! —aúlla, pero hay sitios en que la nieve se acumula y le llega casi a las rodillas, con lo que avanzar se hace a ratos una tarea casi imposible.

EN EL CUARTELILLO

Chirría herrumbroso el cerrojo de la celda. El cabo le dice al muchacho que salga, pero éste se niega tímidamente hasta que el guardia civil se lo ordena a voces. Malhumorado, le quita los grilletes y conduce a Joselito a la salida del cuartelillo.

El sargento Ceferino Hervás está en la puerta, fumando un cigarro con Manuel, marqués de Arlanza, que ya se dispone a marcharse, escopeta

al hombro. El guardia civil tiene el ceño fruncido porque no le gusta la compañía. Pero tanto él como el marqués han escuchado una voz, pero es remota y no logran ver a nadie.

«Muertas... ¡Dios Santo...!»

Cuando el sargento Hervás y el cabo Quintes logran entender aquellas palabras el tarado ya no está esposado y los mira de hito en hito balbuceando, nervioso.

—No... no... Yo no...

—¿Se puede saber qué has hecho desgraciado? —la voz del cabo suena dura como el acero mientras trata de agarrar al muchacho por la solapa de su vieja chaqueta de pana.

«¡Muertas... Auxilio, auxilio!, ¡Un médico, un médico!», escuchan ya con toda nitidez.

Joselito abre la boca para decir algo, pero finalmente, asustado, da una patada en la entrepierna al cabo Quintes y sale corriendo al abrigo del monte cercano.

Hervás blasfema y ordena a Quintes que vaya tras él, pero el compañero apenas puede erguirse mientras el marqués corre en pos del fugado descolgándose la escopeta del hombro, metiendo las piernas en la nieve y maldiciendo.

—¡Alto o te disparo! ¡José!

Hervás ve a Joselito correr y al marqués de Arlanza desenfundado su arma mientras lo sigue.

—¡Manuel, Manuel! ¡No vaya a hacer ningún disparate! ¡Alto, Manuel! —se desgañita el sargento.

—¡Que te pares, hostias! —La voz del marqués rebota en la falda de

la montaña y suena con un eco funesto.

El sargento aún puede distinguir a Joselito en su carrera desesperada. Manuel se detiene. Apunta.

—¡Manueeeeeel, nooooo! —aúlla Hervás corriendo tras él y tras Joselito.

Bastián Ureña se hace visible al fin. Viene sudando, dando zancadas y resoplando. Cuando llega a la altura de cuartel apenas puede pronunciar algunas palabras.

—Mi hermana, cabo... Creo que está muerta... —suelta sin aire, agachado y apoyando sus manos en los muslos, chorreando de sudor.

El cabo logra ponerse derecho y escucha al hombre mientras Joselito está cerca de los primeros árboles. El marqués tiene el arma alzada y el dedo metido en el guardamonte, a punto de abrir fuego.

El sargento Manuel Hervás mira alternativamente a Bastián y a la escena que se desarrolla a algo más de cien metros de donde está.

—¿Qué ha pasado? —pregunta el cabo, todavía dolorido.

—Las entrañas tiene fuera. Y lo menos hay diez ovejas muertas —contesta el herrero.

—¿Ovejas? ¡Explicate, Bastián! —se desespera Quintes.

El cabo va a gritarle algo al sargento y a Manuel pero la detonación se lo impide. La humareda cubre momentáneamente al marqués, quien aún sostiene el arma con los brazos en alto. Luego, en la distancia, todos observan cómo el tarado da dos o tres pasos y después se para antes de derrumbarse, despacio, a los pies de un viejo pino.

Bastián contempla también la escena, horrorizado, sin entender nada. De repente parece volver en sí, y sin poder apartar la vista del cuerpo de Joselito dice:

—Encontré a mi hermana entre el ganado, herida muy grave. ¡Los lobos, me cago en mi sangre, cabo, bajaron esta noche al pueblo!

CURRICULUM LITERARIO

Juan Manuel Sainz Peña

Jerez de la Frontera (Cádiz), 1970. Con más de 120 premios literarios nacionales e internacionales (novela, cuento, poesía y teatro) en su haber, Juan Manuel Sainz Peña (Premio Iberoamericano de Novela, Verbum, 2019 y finalista en París del Premio Juan Rulfo de novela) es uno de los autores españoles más premiados de los últimos años. Entre los numerosos concursos literarios que ha conseguido por toda España, destacan el premio Nacional de Novela María Zayas, el Premio Internacional de Novela Ciudad de Almería, el Internacional de Novela Casino de Mieres, Cuentos de Pola de Lena, Cuentos de Elda, Cuentos de Laguna de Duero (que ha ganado dos veces), Santoña, la Mar, Clarín de Quintes y Álvarez Tendero, entre otros muchos.

Es autor de las novelas “La alargada sombra de la bayoneta”, “El mensaje”, “El juglar”, “La edad de los héroes”, “Piedras Negras”, “El Criado de Velázquez”, el volumen de relatos “A la hora convenida”, “El caso de Anne Brizard”, “El taxidermista” y “Cartas de madrugada”, una colección de cartas de amor, citas y diálogos, firmada bajo su seudónimo John Alcot.

Asimismo, Sainz Peña ha dirigido programas en Onda Jerez Radio y colaborado con las emisiones locales de la Cadena Ser. Del 2000 al 2004 escribió para Jerez Información. Desde 2003 hasta 2013 fue colaborador y crítico teatral de Diario de Jerez, a donde ha regresado en 2015.

Desde hace unas pocas fechas, Sainz Peña se ha adentrado en el mundo de la poesía, ya con varios éxitos y antologías publicadas junto a otros autores. También es letrista lírico y dramaturgo.

En 2018 ganó el Premio Internacional del Certamen de Teatro “José Moreno Arenas” y en 2020 fue finalista del Certamen Internacional de “Teatro Suso de Marco” en Málaga.

“LA GALLINA SIMONA”

Autora: Marta Guijarro Ruiz

La gallina Simona

Simona era una gallina y vivía en una granja. Tenía pico de gallina, patas de gallina, alas de gallina y cacareaba como una gallina. Pero en lugar de poner huevos, como las gallinas, Simona ponía castañas. Y como todo el mundo sabe, un huevo no se parece a una castaña.

Las otras gallinas la miraban por encima de la cresta y le decían:

—Si no pones huevos, no sirves como gallina.

—Eres una deshonra para nuestra granja —comentaban otras.

Simona, entonces, les explicaba:

—Yo me esfuerzo en poner huevos pero solo me salen castañas, no sé por qué.

—¡Cierra el pico! —ordenó la gallina Superiora—. Aquí estamos para fabricar huevos, no para poner lo que cada una quiera.

Ninguna gallina comprendía a Simona. Todas la despreciaban y se ponían de cola cada vez que hablaba.

Una tarde que Simona acababa de empollar una castaña, Superiora se subió a un bloque de paja, agitó las alas, estiró el cuello y dijo:

—Simona, ¡estamos hartas! Esto ya ha pasado de castaño oscuro. Nuestra obligación es poner huevos para que los dueños del corral los vendan en el mercado. Con el dinero que ganan nos dan comida para que pongamos más huevos. Así ha sido siempre y así será. Si tú no eres capaz de producir huevos, debes irte. ¡Fuera!

El resto de gallinas aplaudían y miraban a Superiora con admiración:

—¡Así se habla! —gritaban algunas.

—¡Eso! ¡Fuera! —cacareaban otras.

—¡Toma castaña! —vociferaba un grupo en tono fanfarrón.

Y Simona, muy triste, se marchó.

Dejó atrás su granja y anduvo sin rumbo fijo. No sabía muy bien a donde ir. «Si me quedo parada, nunca encontraré una solución a mi problema», reflexionó. Así que caminó y caminó y caminó durante días, semanas y meses. Recorrió praderas, subió y bajó montañas, cruzó ríos, atravesó bosques hasta que un día encontró el castillo del rey.

«A lo mejor, él me ayuda», pensó ilusionada. «Iré a verle».

Cuando entró en el salón del trono, el rey estaba muy ocupado tomando su desayuno y no miró a Simona.

—Buenos días tenga usted, majestad —dijo ella haciendo una reverencia—. Vengo a visitarle porque tengo un problema. Yo...

—¿Un problema de una gallina? —le interrumpió— ¡Yo me dedico a cuestiones más importantes!

—Pero es que yo...

—Ni pero ni pera —respondió molesto—. No tengo tiempo para tonterías. ¡Me importa un huevo!

Simona se dio la vuelta muy desanimada. Al cruzar los jardines del castillo, vio la granja donde vivían las gallinas del rey. Su corral era pequeño pero agradable. Delante tenían un prado muy verde. Algunas estaban comiendo maíz, otras jugaban o corrían. Simona se quedó

mirándolas desde la valla. «Soy una gallina inútil. Nunca podré estar en un lugar así», se lamentaba. Mientras las veía disfrutar y reírse juntas, algunas lágrimas cayeron por las plumas de sus mejillas.

De repente, una de las gallinas la vio:

—No te quedes ahí fuera tan mustia, pasa.

—¿De verdad?, ¿puedo entrar? —preguntó Simona con timidez.

—Claro. Pareces un poco cansada, ven, ánimo, come un poco con nosotras.

Simona entró en el corral. La gallina que la había saludado le acercó un saquito con pan y maíz. Las otras se pusieron a su lado.

—No soy de aquí, vengo caminando desde muy lejos. Me llamo Simona.

—Estarás agotada —le comentó otra gallina—. Siéntate aquí, hay más paja y está más blando.

Se quedaron en silencio mirándola.

—¿No tienes casa? —preguntó una de ellas.

Simona respondió con tristeza:

—Ahora no.

—Aquí te puedes quedar, si te apetece —le propuso otra gallina—. Donde caben dos caben tres y donde caben doce caben trece.

—¡Me encantaría! —exclamó.

Esa misma gallina empezó a remover paja con las patas. Otras

se acercaron a ayudar.

—Mira, este es tu nido —le dijeron.

—¡Oh! —respondió más animada—. Sois muy amables.

Se encontraba muy a gusto en aquella granja con esas compañeras tan cariñosas.

Cuando se estaba poniendo el sol, las gallinas entraron en el corral. Cada una ocupó su sitio. Todas a la vez se colocaron en posición de poner huevos. Simona también lo hizo. Después de cacarear juntas, se levantaron. Debajo de cada una de ellas había un huevo blanco y hermoso.

Simona también se levantó. Miró hacia abajo, había puesto una castaña. Con miedo, intentaba ocultarla entre la paja.

Una gallina la vio y exclamó:

—¡¡¡Una castaña!!!!

Todas la miraron sorprendidas.

—Sí, es que yo pongo castañas, no huevos —explicó Simona tapándose la cara con las alas.

—¡Uy! ¡Qué raro! —dijo una.

—¡Ca, ca, ca, ca, caaaaa! ¡Castaña! ¡Ha puesto una castaña!
—rieron las polluelas más pequeñas.

—¡Qué original! —opinó otra.

—¡Qué cosas más extrañas salen de tus entrañas! —recitó una que era poeta.

Ante el alboroto que se estaba formando, la más anciana sentenció:

—Es algo excepcional, sin duda. Pero, al fin y al cabo, poner castañas no hace daño a nadie.

Todas callaron. Sentían un gran respeto por esta gallina sabia que cada vez que hablaba, iba al grano.

Simona se destapó la cara y las miró.

—Entonces, ¿me puedo quedar aquí?

—¡Ca, ca, ca, ca, caaaaa!, ¡claro! —cacarearon a la vez.

—Además, el rey es muy glotón y seguro que le encantan tus castañas —añadió otra.

A la mañana siguiente, como todos los días, el cocinero entró en el corral para recoger los huevos. Las gallinas le miraban de reojo, pero él no se fijó en Simona. Eran tantas que una más no se notaba.

—¡Ah! —exclamó al ver la castaña.

Ellas se quedaron quietas. Con disimulo observaban su reacción.

El cocinero puso la castaña en la cesta junto con el resto de los huevos y se dirigió a la puerta. Las gallinas miraron a Simona aliviadas. Ella les guiñó un ojo.

—Humm —dijo para sí mismo antes de salir.

Al cocinero se le había ocurrido una idea. Podía servirla junto con la tortilla que preparaba para el desayuno.

—Veo que hoy traes algo nuevo —observó el rey complacido.

Así ocurrió un día tras otro. Cada mañana el cocinero recogía la castaña que encontraba en el corral y la aprovechaba para probar distintas recetas: flanes, pasteles de yema, bizcochos...

Un día, el rey le dijo:

—Me gustan mucho los desayunos que preparas últimamente. La incorporación de las castañas me parece muy buena idea, ¿cómo se te ha ocurrido?

—Majestad, he de reconocer que no ha sido idea mía. Desde hace unos días, cuando voy al gallinero, encuentro una castaña. No sé de dónde sale.

—Pero, ¿hay algún castaño oculto?, ¿la lleva un pájaro?, ¿es obra de un mago o de un ser sobrenatural?

El cocinero se encogió de hombros y de nuevo respondió:

—No sé, majestad.

—Pues entérate, muchacho —le apremió el rey—. Todo tiene una explicación. No podemos quedarnos sin descubrir este misterio.

A mediodía, el cocinero entró en el corral. Simona y el resto de gallinas le miraban extrañadas porque nunca entraba a esas horas. Estuvo un buen rato examinando cada rincón.

Por la noche, antes de que el gallo cantara, el cocinero se metió en el corral con una linterna. Miró por todas partes, por el suelo, por las vigas

del techo, revolvió la paja de cada nido y comprobó varias veces que la ventana estaba cerrada. «¡Qué cosas más raras hace este hombre últimamente!», comentaban las gallinas.

Al día siguiente, cuando entraron al corral a poner los huevos el cocinero se acercó sigiloso. Sin que ellas se dieran cuenta, las vigiló desde el hueco de la puerta. Se fijó en todos los nidos. Cada uno tenía su huevo. De repente, vio a Simona levantarse y ahí estaba la castaña. Sin perder un segundo, corrió a decírselo al rey.

—¡Majestad, majestad! —gritaba entusiasmado—. ¡He descubierto el misterio! Una de las gallinas pone castañas en lugar de huevos. Lo acabo de ver.

El rey escuchaba con mucha atención.

—Interesante. Ya te lo dije, todo tiene una explicación. Nunca te acostarás sin saber una cosa más.

El cocinero movió la cabeza con un gesto de despedida y se dio la vuelta. El rey, que se había quedado pensativo, le ordenó:

—Tráemela, quiero hablar con la gallina que pone las castañas. Ahora mismo.

A toda prisa, el cocinero fue al corral y buscó a Simona:

—Ven conmigo, el rey quiere verte.

Simona temblaba desde las patas hasta el pico. No tenía ni una sola

pluma quieta. Los nervios apenas la dejaban andar.

Cuando llegó ante el rey, este mirándola fijamente dijo:

—Así que tú eres la gallina que pone castañas.

—Si —respondió Simona con un hilo de voz.

—¡Gracias, gracias, gracias! Eres una gallina única en el mundo y estás en mi castillo. Mis desayunos son ahora magníficos, deliciosos.

Simona sonrió con todas sus plumas, parecía que brillaban. El cocinero aplaudía satisfecho.

—Por todo ello, me gustaría premiarte —explicó el rey—. Te ofrezco un corral con jardín para ti sola, o una estancia aquí en mi castillo donde tendrás un colchón mullido, cojines, alfombra, todas las comodidades y, por supuesto, comida variada y exquisita. Dime qué deseas.

Simona levantó el pico y respondió:

—Lo agradezco, majestad, es usted muy generoso pero yo no quiero ninguno de esos premios. Mi deseo es seguir viviendo en el corral, con mis compañeras.

—Muy bien. Pero, ¿no hay nada que pueda ofrecerte? —insistió.

—Sí, claro que sí. Me gustaría que nos construyera un corral más grande, con más paja y un jardín más extenso, con columpios. Y todas las tardes, en el momento de la puesta, quiero que su banda de música real nos

deleite con un concierto.

—Eso está hecho—afirmó el rey.

A partir de aquel día, Simona y sus amigas disfrutaban en los columpios, corrían y jugaban en su espacioso jardín y dormían mejor. Así que ahora estaban más felices y ponían huevos más grandes y más hermosos.

Pero la más feliz era Simona. Cada tarde en el momento de la puesta, cacareaba de alegría porque como todo el mundo sabe, una castaña no se parece a un huevo.

CURRICULUM LITERARIO

Marta Guijarro Ruiz

Periodista, escritora de literatura infantil y narradora oral de cuentos, actividad que realiza desde hace más de diez años en bibliotecas, librerías, salas de teatro y otros espacios.

Como autora, ha publicado “Tarturro, el burro poeta”, editorial Hiperión. Colección Ajonjolí (Madrid 2016). Fue seleccionado por la OEPLI en su lista de los mejores libros de literatura infantil y juvenil de 2017.

Y “El viaje a lo más alto”, Sieteleguas Ediciones (Madrid 2016).

**“11 CALLES:
EL OLVIDO HABITA DONDE”**

Autora: Concha Montes García

Por Mnemósine

Consuelo

A Mnemósine la pintó de verde esperanza Dante Gabriel Rossetti. Perdida en la memoria de los cuadros, se admira en el Delaware Art Museum. La diosa de la memoria y madre de las musas se nos aparece con rictus serio, diríase que antipático. La mujer que se detiene mirándola frente al ordenador observa solo una lámina, un reflujo del magnífico óleo. El testimonio no es muy valioso porque apenas si vislumbra la inscripción que el artista plasmó en el marco: *Thou fill'st from the winged chalice of the soul thy lamp, O memory, fire-winged to its goal*. En un buscador avanzado teclea el traductor: Te llenas del cáliz alado del alma Tu lámpara, oh memoria, con alas de fuego hacia su objetivo.

La *ricordanza*, el recuerdo, el memento justo le trasladan a un callejón estrecho y largo, serpenteante, donde las viejas casonas casi rozan sus yemas cuajadas de geranios. Consuelo 6 se abre a unas losetas anchas desparramadas entre casa y casa formando un colache donde se rememora dando patadas muy medidas a una piedra afilada: lunes, martes, miércoles, jueves, viernes, sábado y la tan ansiada ancha casilla del domingo, donde sus pies de zagala descansan del ascenso a pata coja. Como la patria de Rilke, en esa calle del descanso y alivio de la pena, la mujer fue feliz. Era yo.

Eduardo Arroyo

Un par de minutos separan su andanza. Vivir en un lugar con el nombre de un notable le despierta al mundo. De púber no urge ponerle señas ni a las cosas, ni a la gente ni tampoco a las calles. Luego supo, con ese paso temerario de la infancia a la adolescencia, que aquel hombre fue un celebrado médico humanista hablador de esperanto y cultísimo benefactor de ciencia y de arte.

La historia del científico le sobrecogió en la quinta planta adónde mudó con vistas a una catedral renacentista de talla magnífica. Entonces, creyéndose poeta –odiaba la palabra poetisa– divagó prodigándose por pueblos perdidos, para celebrar que con catorce o quince años tendría toda la vida por delante, y como eran tiempos más de incertidumbres que de certezas, se abrió a la militancia. Años después, en otra de sus mudanzas, la abandonó. Como la adolescencia que narró Mark Twain: cuando era más joven podía recordar todo, hubiera sucedido o no.

11 calles: el olvido habita donde

*Donde habite el olvido,
en los vastos jardines sin aurora;
donde yo sólo sea
memoria de una piedra sepultada entre ortigas
sobre la cual el viento escapa a sus insomnios.*

Luis Cernuda

Almendros Aguilar

La mudanza es un caparazón. Como el caracol, la tortuga, la caracola, transito entre adoquines esquinados que me conducen a la calle de otro pro hombre. Fue poeta. En el tercero b del número 41 dejé para siempre a mi padre y a mi madre. De elegir la casa de mi vida, podría ser esta. Casualidad o no, antes fue la clínica del tal Eduardo Arroyo, el pensador del que os hablé. Ahora intentamos venderla. En vano.

Virgen del Pilar

Los callejeros de prácticamente todo el mundo están glorificados por vírgenes, santos, marías purísimas, cuando no santones o curanderos en lugares o confines más exóticos. De lo peor su moqueta apolillada color verde manzana. Caía una miga y aparecía una sima. Entonces era demasiado inocente para calibrar que mi destino iba a estar tocado por una rayuela con muchos apeaderos. Aquél, desde luego, fue un puro trámite, pero quedaba al lado del trabajo y lo que me ganaba en disgustos por la fealdad de su arquitectura me lo ahorra en madrugones. En sus bajos, sin embargo, el edificio se bañaba en una cálida playa, no local, sino de Acapulco, donde se cocinaban las mejores tapas del lugar. Por lo que observo, el bar se mantiene ajeno al signo de los tiempos. Ignoro quién vive hoy en ese pisito de los 70 donde habrán dormido gentes de paso. Como yo.

Calvario

Mis mudanzas se sucedieron. Buscaba lo práctico porque había que sobrevivir. Quienes no pagamos al banco una hipoteca pagamos el recibo mensual al casero, o casera. Para el caso es lo mismo. En esa juventud atropellada de pisos o apartamentos compartidos mi aliada era una apabullante pero buena mujer que luego se hizo testiga de Jehová. Antes de su conversión lo pasábamos en grande, libres y solas y jóvenes como éramos. Aves del paraíso inquilinas de un bloque llamado El Cisne. Todo alegorías. Pisos que pasaron por nuestras vidas ligeros como un roce de seda, sin dejar poso, solo efluvio.

Padre Enrique Cantos

Una rúa. En honor de un cura. Al fin sola, independiente, decidida a

dejarme devorar por un mundo que, visto el devenir hoy se torna alocado, atrevido.. Infeliz yo. El diminuto ático se alzaba –como el piso anterior– sobre un bar de celebrado eco, que a juzgar por historia guarda el mismo éxito de antaño. La cobija fue la antesala de un amor enganchado a una serie de catastróficas desdichas, si no fuera porque, bien mirado, no todo fue peor. Allí fraguó el germen de la amada de Radamés, lo que de verdad me importa. Su coqueta terraza, la cama matrimonial encajada a duras penas en unos metros cuadrados, la visita veraniega de mis padres, la vecina Carmen, tan atenta. Navidad en soledad. Corrían los primeros 90 y recuerdo el eco a perestroika que me traje de un viaje ganado con mis primeros sueldos.

Carretera de Cabo de Palos

Sigue el camino que te dicte el corazón, me sugirió un amigo. Eso hice. La certeza de que, en ese lugar entre caminos, atiborrado de escalones en espiral que unían lo bajo con lo alto y lo alto con la azotea y de nuevo lo bajo con el desván no presagiaban nada bueno. Otra alegoría de mi existencia. Las casas te avisan, te susurran, te hablan. Solo hay que escuchar: coges un vaso y lo colocas entre la oreja y la pared, y solo has de prestar atención. Había un perro muy hermoso. Su muerte presagió ruina. La algarabía de la toma de posesión de aquel inmueble acomodado se tornó en un ciclón atronador. Ni amor, ni compañía ni cuanto me prometí. La casa me decía a hurtadillas... huye huye huye. En mi mochila solo cupo el ladrido amoroso del perro, las risas de dos niñas a las que quiero, la postal de mi madre y de mi padre atormentados por mi destierro y, al fin, embarcada en otra mudanza más audaz, recordarme diciendo adiós, chao, adiós a aquel canto de sirenas que confundí con un plenilunio de amor. Por tanto penar, la vida me regaló a la bellísima A, coronada insigne con o sin del tal Radamés.

Montanaro

Mi vida entera subiendo y bajando escalones. Muchos sostienen que ese es el pulso de la vida. Una leche. Para entonces yo ya iba bien mareada de tanto vértigo. La morada que le precedió era, propiamente, una casa bien. La de este casillero de la historia de mi monopoly estaba en un barrio castizo, venido a menos, convertida en su herrumbre en una calle de malvivir. No había más edificio que el nuestro y los solares aledaños donde

difícilmente se apuntalaban cuatro o cinco portales malolientes, eran nido de trapicheos. No me importó. El bloque lo reformó un dueño visionario que aventuró la bonanza que vendría después. Hoy no reconocería aquella vivienda donde allí sí, fui muy feliz a fuerza de constancia. Ya no era yo sola y una, sino sola y con la nombrada mil veces A, reina o no de la cumbre de las pirámides. El exilio de Montanaro resultó un cómodo refugio a salvo de todo. La siguiente mudada quedaba mucho más lejos. Exactamente a 452 kilómetros. Los mismos que dos años antes emprendí de ida, me los hice de regreso.

Severo Ochoa

Otro grande. Andamos, paseamos las calles, avenidas, plazoletas, y rincones por doquier y a menudo no sabemos nada sobre quién se esconde tras esa placa que nos ubica, si exceptuamos al cronista oficial y a unos cuantos más que sí conocen al Nobel.

Qué es una vía sino un tránsito, un paso más de camino a cualquier parte. No acaban de gustarme las calles que homenajean a gente a la que probablemente le habría dado igual contar con una calle, una avenida, una plazoleta, un rincón. A este señor lo que de verdad le interesaba era su microscopio, lo demás es demasiado texto.

El mío observa con ensimismamiento, como si fuese un virus -tan común en estos acontecimientos tan extremadamente raros- a la chiquilla A, nombrada como la esclava etíope de la celebrada y dantesca ópera enterrada en arena, entre faraones. La cría tiene apenas un año y su abuela enlutada la cuida y mima mientras corro lo que va de un hoy promete ser otro día feliz -con permiso de Samuel Beckett- al piso de prestado donde su llanto me clama mamar. La casa es asimétrica y también poco agraciada. Para vecinos pudientes. No era nuestra.

Las hay de dos clases. Casas. Las que te pertenecen porque la compras tú, y las que tienen propietarios a quienes pagas recibos carísimos, creyéndote en falso que eres su dueña. Aquel cobijo, muy céntrico, nunca nos tuvo ni a mí ni a mi madre ni a mi niña A, la amada d R. Pasados los años, me solivianto imaginando qué impregnaciones nuestras quedaron ancladas a

sus paredes, su energía. Las casas viven, palpitan. Elucubro si sus actuales habitantes piensan alguna vez en la en gente que les precedió, y en los que vinieron detrás, antes que ellos. Son casas de ida y vuelta. Casas colmadas de alegrías o de desdichas. Es lo que tiene ser una alquilada.

Palmar

Imposible sostener el estipendio de la calle del científico. Yo soy una obrera, obrera cualificada, y me mudé al divino barrio que aquí nombran como el de una santa pastora. Veinte años dan para mucho. Por sus modestas estancias pasaron Rusia, Ecuador, Marruecos y por último de nuevo Ecuador en habitaciones multiculturales. Otro perrillo que todavía resiste con sus más de diecisiete años a cuestas ladraba entre su estrecho pasillo. Un can obrero rescatado de la perrera. Un barrio modesto en una ciudad opulenta resulta altamente pintoresco. La prosperidad tocó a mucha de su gente. Me cuentan que todos en esta geografía anómala parecen haber tenido parientes que vivieron en sus calles de dispares. Boquerón, Los Naranjos, Alba, San Antonio. Valencia... ¿Quién pone nombre a los mapas urbanos?

Palmar es una costura que une en realidad dos realidades distintas. Dos barrios en uno. Casas bajas, casas mata les llaman, y bloques sin ascensor. La clase trabajadora. Un barrio creado para alimentar el milagro turístico con su mano de obra. Dos ciudades, dos realidades. Más ciudades, más realidades. Eso es. A este lugar le urgen filósofos.

Hoy parece que hace siglos que la viví. Cuando una cambia de barrio cree, falsamente, que lo extrañará. Recordar, que está estafa. Lo recuerdo de tanto en tanto. A su vecindad.

Las casas se heredan, a menudo. También las alquiladas. La dejamos en manos de una buena familia, sencillamente buena, y le dije adiós a mi hogar parchado, por donde mucho después supe, habían pasado no menos de ¿cuántos inquilinos? ¡Qué se yo! una barbaridad. Una casa alquilada es un nido de cacofonías. Algo nuestro permanece allí. Al mudarnos, alcanzamos lo que el Sistema llama prosperidad. El escalón social.

Ricardo Soriano

Allá, allá lejos. Donde habite el olvido. Desconozco la calle y la casa donde mi olvido habite donde. Le escuché a un poeta que la literatura es poesía o no lo es. En mi devocionario callejero las estancias son, acaso, versos sueltos. Algo de mí permaneció entre paredes, puertas, habitaciones, portales, recovecos, escaleras y ascensores. Solo sé que la que habito ahora no será la última.

Donde mi olvido habite será lejos.

Allá.

Allá.

CURRICULUM LITERARIO

Concha Montes García

Periodista en ejercicio desde hace más de 30 años.

Articulista en varios medios de comunicación.

Publicaciones diversas en revistas literarias y de pensamiento.

Autora de varios poemarios cuentos publicados y galardonados.

Premiada en distintos certámenes literarios.



FUNDACIÓN “JOSÉ BANÚS Y PILAR CALVO”

Avda. Playas del Duque, Edificio Córdoba. Local 2

29660 Marbella (Málaga)

Telf. 952 81 15 69- Fax 952 90 74 62

www.fundacionbanus.com

info@fundacionbanus.com